

En los confines de la Romanidad: Venancio Fortunato, un escritor de frontera

Algo de mágico tiene el mundo de la frontera (de la frontera en el espacio y de la frontera en el tiempo). Entre aquello que todavía no se ha ido, pero cuyo final, si no se adivina, al menos se presiente, y aquello que todavía no ha llegado pero que ya se vislumbra, hay una zona de tonalidades apagadas, de incertidumbre y de ambigüedad, de medias luces y de crepúsculos, en la que todo parece difuminarse, zona de titubeo y semipenumbra. Bueno es siempre que en esa zona, como un faro que ilumine las dos vertientes del mundo viejo que se va y del nuevo que se acerca, se pueda contar con algo –mejor, con alguien– que, viniendo, bien pertrechado de todo lo que el pasado ha ido sedimentando a lo largo de la historia, se encuentre en el momento preciso y en el lugar apropiado para poder entregar el testigo a unas generaciones nuevas, incultas, “bárbaras” en todos los sentidos de la palabra, pero dotadas de vitalidad, de fuerza y nuevos ánimos. En el caso de la literatura latina y, más en concreto, de la poesía latina (puesto que de un poeta latino vamos a hablar) ese faro que ilumina el mundo que desaparece y que se abre a nuevos horizontes está magistralmente representado por un poeta que, puesto a llamarse, se llama nada menos que “Venantius Honorius Clementianus

Fortunatus" y que el mundo lo ha conocido como "Venancio Fortunato".

Hombre paradigmático de frontera, Fortunato, con alrededor de 35 años, viene, probablemente en el año 565, a la Galia de los merovingios desde Italia, de Rávena, capital que ha sido del imperio de Occidente, donde se ha imbuido hasta las cejas de la cultura clásica¹: detengámonos en el dato de que, entresacando, en el "Índice" redactado por M. Manitius para la edición de Fortunato por F. Leo², las referencias de Fortunato a poetas clásicos³, nos encontramos con 104 de Virgilio, 66 de Ovidio, 30 de Claudiano, 10 de Horacio, 8 de Lucano y una de Catulo, Estacio, Silio Itálico, Petronio y Marcial⁴.

Y con un sólido bagaje de cultura clásica viene Fortunato a la Galia de los merovingios, un mundo rudo, duro y cruel ("bárbaro"). Trae los últimos resplandores de un sol moribundo, hermosos en su declive, sugestivos en su decadencia, y llega a una incipiente aurora que quiere abrirse un nuevo paso

(1) Rávena es, en el s. VI, uno de los lugares donde mejor florecen los estudios de gramática y retórica. Teodorico (muerto en el 526), que fijó su residencia en Rávena, fomentó la vida intelectual y él, y sus sucesores, se preocupó del mantenimiento de las cátedras públicas de gramática y retórica, como recuerda F. Lot, *La fin du monde antique et le début du moyen âge*, Paris, 1968 [= "La Renaissance du Livre", 1927], pág. 265. Sobre tales estudios el propio V. Fortunato nos habla en su *Vita sancti Martini*, I 29-30 (*paroula grammaticae lambens refluamina guttae, / rhetorici exiguum praelibans gurgitis haustum*) y de que los hizo en Rávena nos lo testimonia Paolo Diácono, cuando en su *Historia Longobardorum*, II 13, nos habla de V. Fortunato: *Ravennae nutritus et doctus in arte grammatica sive rhetorica seu etiam metrica clarissimus extitit*: cfr. P. Riché, *Éducation et culture dans l'Occident barbare, VI-VIIIe siècles*, Paris, 1962, 3ª ed., revisada y corregida, pág. 186.

(2) En los *Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi*, 4.1, München, 1981 [= 1881].

(3) "Poetarum priorum loci expressi a Fortunato".

(4) Se impone que dejemos constancia de los numerosos trabajos que, desde 1933, ha venido dedicando S. Blomgren a Fortunato, la mayor parte aparecidos en la revista *Eranos*, de los cuales varios tienen como tema central, precisamente, el estudio de la imitación hecha por nuestro poeta de los poetas clásicos.

en la historia entre estertores de muerte, de ruina y desolación, a la agonizante luz de las últimas horas de la noche. Viene de la luminosa Italia sobre la que van cayendo, ya, las sombras de un atardecer lento pero imparabile, y viene a las brumas del norte, donde ya se van abriendo camino los rayos de un nuevo día de la Historia.

Es más, la Galia había conocido, en tiempos pasados, un florecimiento admirable de las letras latinas: era la Galia de un Ausonio (m. el 395), de un Sínmaco (2ª mitad del s. IV) y de su Círculo, de un Hilario de Poitiers (s. IV), de un Sidonio Apolinar (2ª mitad del s. V), de un Alcimo Avito (h. el 500) y, ya entre el s. V y el VI, de un Ennodio (473-521). Pero hacia el año 565, cuando llega Fortunato, la Galia, desde el punto de vista de la cultura, es poco menos que un erial; incluso mucho menos si hacemos caso a las gemebundas (y exageradas, sin duda) lamentaciones de Gregorio de Tours, exacto contemporáneo de Fortunato y con el que mantendrá, durante toda su vida, una íntima e inquebrantable amistad, quien, en el "Prefacio" a su *Historia Francorum*⁵ presenta un cuadro, sin duda exagerado pero tal vez no muy alejado de la realidad, del panorama cultural de la época en su patria, en la que, dice, no se podría encontrar un hombre de letras que fuera capaz de poner por escrito los acontecimientos de la época.

Es indudable que el buen obispo de Tours no sólo exagera sino que falta a la verdad: desde el propio rey Chilperico⁶ hasta

(5) Editada por B. Krusch en los *M. G. H., Scriptores rerum merovingicarum*, Hannover, Fasc. I (Lib. I-V), 1937; Fasc. II (Lib. VI-X), 1942.

(6) El mismo Gregorio de Tours, en *Historia Francorum*, V 44, se hace eco de los trabajos literarios del, por tantos otros aspectos, bárbaro y cruel Chilperico (en VI 46 lo llama "el Nerón y el Herodes de nuestro tiempo"), autor, por una parte, de un pequeño tratado teológico (en contra de la recta doctrina católica defendía la no distinción de personas en la Santísima Trinidad), aprovechando Gregorio la ocasión para refutar las opiniones del rey; y, por otra, de obras en verso, a las que el obispo historiador dedica

los altos dignatarios de las cortes merovingias (sin excluir a las damas), pasando por la interminable lista de obispos, a todos los cuales (dignatarios, damas y obispos) Fortunato va a dedicar poemas, a veces bien sutiles y enrevesados (y hay que pensar que gustaban de ellos y con ellos disfrutaban) todos ellos son testimonio de un cierto grado de cultura y de conocimiento de la lengua latina; pero es también cierto que en la Galia, desde mediados del s. VI y en adelante, al menos la poesía no ofrece un solo nombre de relieve hasta la época carolingia.

Pero cuando hacíamos notar que V. Fortunato puede ser considerado como el mejor representante de la época clásica-tardía que fenece y, al mismo tiempo, el anunciador de una nueva edad que emerge, por supuesto que no nos referíamos solamente a la Galia. Porque, fijando nuestra atención en la conocida como "época tardía latina", frente al estimable (en número y calidad) grupo de poetas del s. IV (como Optaciano, Reposiano, Tiberiano, Ausonio, Nemesiano, Avieno, Juvenco, Prudencio) o, incluso, del s. V (con poetas tan dignos como Claudiano, Aviano, Rutilio Namatiano, Flavio Merobaudes, Sidonio Apolinar, Draconcio, Sedulio o Alcimo Avito), ¿qué poetas nos ofrece el s. VI y, en especial, la segunda mitad del s.

un recuerdo en dos pasajes de su *Historia*: en el citado V 44 y en VI 46, cuando, al contarnos en este último la muerte del rey, nos ofrece un retrato patético de la personalidad de Chilperico, volviendo a mencionar los dos libros en verso compuestos a imitación de Sedulio, el poeta cristiano del s. V, pero sobre los que Gregorio nos da una opinión demoledora, acusando al poeta de confundir las sílabas largas con las breves y éstas con las largas. Ahora bien, también menciona Gregorio "otros opúsculos e himnos". De toda la producción de Chilperico sólo nos ha llegado un himno a san Medardo, compuesto no de acuerdo con las cantidades de las sílabas sino de acuerdo con los acentos (un himno "rítmico"). El himno ha sido recogido por K. Strecker en los *M. G. H., Poetae Aevi Carolini*, IV 2, Berlín, 1964 [= 1881], IV 2, págs. 455-457 y por W. Bulst, *Hymni Latini Antiquissimi*, Heidelberg, 1956, pág. 119. Sin olvidar la decisión de Chilperico (recogida también por Gregorio) de introducir en el alfabeto latino, como hiciera en su momento el emperador Claudio, tres nuevos signos. P. Riché, *o. c.*, dedica, en págs. 268-270, un apartado a "la culture de Chilperic".

VI, si dejamos a un lado a V. Fortunato?⁷ Apenas si podemos mencionar a Flavio Cresconio Coripo (el autor de la *Iohannidis*, h. el 550), a Arator (autor del *De actibus Apostolorum*, mitad de siglo) y a Maximiano el Etrusco, autor de seis Elegías, bellísimas, sobre la vejez, la juventud y el amor⁸.

Los datos nos imponen, pues, la constatación de que ese tránsito del mundo clásico-tardío a la Edad Media, al menos en el campo de la poesía, está representado con el más legítimo de los derechos por Venancio Fortunato, un autor con amplia y dilatada obra: sus *Carmina* abarcan 11 libros, con 230 poemas, y un generoso *Appendix* (con 34), a los que habrá que añadir la *Vita sancti Martini*, en hexámetros, en 4 libros, habiendo ejercitado su plectro en campos como el epitalamio, la *consolatio*, el epitafio o epigrama funerario, la posía de circunstancias, la hagiografía, etc.

V. FORTUNATO, DE ITALIA A FRANCIA

Datos para la biografía de Fortunato, entre los autores antiguos, los podemos encontrar en el mismo autor; por ejemplo, en la *Vita s. Martini*⁹, que se cierra con las recomendaciones del autor a su propia obra, que atravesando montes, ríos, llanuras, llegará a Rávena. Una vez llegada allí, no dejará de visitar la basílica de s. Apolinar, en la que, con el aceite de la lámpara del altar de s. Martín, el poeta había curado de una aguda oftalmía.

(7) Hagamos notar que no contamos entre los poetas a autores de "prosímicos" como Marciano Capela, 1ª mitad del s. V, o Boecio, 1ª del VI.

(8) Lo malo es que, aunque de una manera continuada y unánime se ha venido manteniendo, hasta nuestros días, que Maximiano pertenece al s. VI, en 1986 Christine Ratkowsch, con su obra "*Maximianus amat*". *Zu Datierung und Interpretation des Elegiker Maximian*, conmocionó el mundillo de la historia de la literatura latina con la revolucionaria tesis de que Maximiano no pertenece al s. VI sino al s. IX.

(9) IV 665-710.

Una segunda fuente de información la constituye Gregorio de Tours, en diversos pasajes de su obra; finalmente, Paolo Diácono (720-799)¹⁰ nos ha dejado una biografía de nuestro autor, sucinta pero recogiendo los datos más notables de su vida. Es más, el propio P. Diácono, al visitar la tumba de Fortunato, compuso su epitafio que podemos leer como complemento de la biografía, en el que lo califica de *ingenio clarus, sensu celer, ore suavis / (...) apex vatium*.

La fecha de nacimiento de Fortunato nos es desconocida; lo que sí parece seguro es que tuvo lugar en la década 530-540. El lugar, Duplavenis (la moderna Valdobbiadene), cerca de Treviso, en la región de Venecia. De su familia prácticamente no sabemos nada. Conocemos el nombre de una hermana, Titiana¹¹, y tenemos noticia de la existencia de un hermano. Su niñez transcurrió en medio de las luchas y revueltas promovidas por el general Belisario contra los Ostrogodos, en su intento de recuperar Italia para el emperador Justiniano: época de rebeliones, muerte y desolación. Su familia, tal vez con la idea de afincarse en una región más tranquila, se trasladó a Aquilea, donde Fortunato debió de permanecer hasta alrededor de sus 22 años. Ahora bien, su auténtica educación la llevó a cabo en Rávena, que, a impulsos de las iniciativas de Teodorico se había convertido en un espléndido centro cultural (unas décadas antes de la llegada de Fortunato a la ciudad, allí habían dejado su huella genios de la cultura como un Casiodoro o un Boecio¹²). Ya en el 402 Rávena se había convertido, por decisión del emperador de Occidente Honorio, en la capital del Imperio

(10) En el pasaje citado en nota 1.

(11) Mencionada, con su nombre, por el propio poeta en *Carmina*, XI 6, 8.

(12) Véase R. R. Bezzola, *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident (500-1200). Première Partie: La tradition impériale de la fin de l'Antiquité au XIe siècle*, París, 1968, cap. II ("La cour de Théodoric le Grand à Ravenne"), págs. 12 ss., así como P. Riché, *o.c.*, especialmente, págs. 114 y 396.

Occidental y siguió siéndolo hasta la caída del Imperio en el 476. Al producirse ésta, Rávena fue la capital del primer gobernador de Italia, Odoacro (reinó entre 476-493), quien la entregó al rey ostrogodo Teodorico (reinó entre 493-526), el cual hizo de Rávena la capital del reino ostrogodo; cuando Rávena fue ocupada por el general Belisario, se convirtió en un exarcado imperial.

Estando aún en Rávena, Fortunato se dio a conocer ya como poeta y una muestra de su actividad literaria la constituirían los dos primeros poemas del libro I de sus *Carmina*. Su estancia en la culta Rávena queda bruscamente interrumpida en el año 565 cuando inicia un largo viaje por las tierras de la Galia, donde permanecerá hasta su muerte, casi 40 años después. ¿Cuál fue la causa de semejante decisión, cuáles los motivos que empujaron a Fortunato a abandonar una sociedad culta y cortesana para adentrarse por unas regiones bárbaras, inhóspitas e incultas? La tradición, según la cual Fortunato abandonaría Rávena para ir, en peregrinación, a Tours, en agradecimiento por haber curado, él y su querido amigo Félix y gracias a san Martín, de una enfermedad de los ojos (por lo demás, su amigo Félix no se debió comprometer a tal peregrinación de agradecimiento) arranca, dos siglos más tarde, de la biografía de nuestro autor, ya citada, de Paolo Diácono. En efecto, al mencionar éste la curación de Fortunato, añade: *Qua de causa Fortunatus in tantum beatum Martinum veneratus est, ut relicta patria, paulo ante quam Langobardi Italiam invaderent, Turonis ad eiusdem beati viri sepulcrum properaret*. Del texto de P. Diácono hay que destacar dos cosas: el término *properaret* parece muy poco indicado: Fortunato, al hacer su viaje a través de los Alpes y recorriendo numerosas regiones, visitando diversas ciudades, tomando contacto con personajes influyentes de las cortes merovingias, así como de no pocos obispos, no parece haber tenido mucha prisa en llegar al término de su peregrinación (de todas formas, a Tours llegó y visitó la tumba de san Martín). Por otro lado, P. Diácono, como de pasada, hace refe-

rencia a la invasión de Italia por los Longobardos (ocurrida en la primavera del año 568, unos tres años después de la marcha de V. Fortunato a la Galia); la verdad es que los años que Fortunato vivió en Italia fueron, como ya queda dicho, años de turbulencias, luchas, rebeliones; en tales circunstancias, un cambio drástico de aires le debió de parecer a nuestro poeta lo más apropiado. También se podría pensar en una intencionalidad un tanto presuntuosa por parte del poeta: la aparición de un auténtico poeta culto itálico en unas tierras bárbaras, entre unas gentes poco cultas y, por ende, proclives al halago y a la admiración de un buen poeta tendría que ser recibida con entusiasmo, sobre todo si (como así fue) lograba entablar contacto e introducirse en las cortes de los reyes merovingios (Sigiberto y Chilperico especialmente) y entre las más altas personalidades civiles y eclesiásticas¹³.

Sea como sea, lo cierto es que en el año 566 tenemos a Fortunato instalado en Francia y en ese año, con motivo de los esponsales de Sigiberto con Brunequilda, la hija del rey visigodo Atanagildo, hace su magnífica presentación como poeta

(13) Michel Rouche, "Autocensure et diplomatie chez Fortunat à propos de l'élégie sur Galeswinthe", en *Venantio Fortunato tra Italia e Francia*. Atti del Convegno Internazionale di Studi, Baldobbiadene, 17 maggio 1990; Treviso, 18-19 maggio 1990. Treviso, Provincia di Treviso, 1993, págs. 149-159, en págs. 157-158, ha defendido una tesis novedosa: Fortunato, formado para una carrera civil, habría sido enviado por Rávena y Bizancio, con la misión de entablar contactos con los reyes merovingios (Chilperico y Childeberto), por un lado, y con Martín de Braga, por otro (Fortunato, en su peregrinar incesante hasta su afincamiento definitivo en Poitiers, llegaría a visitar al Dumiense, a quien cubre de elogios en V 1, en una carta en prosa, en un estilo rimbombante, amanerado y retórico, como suele ser toda su prosa) y en V 2, un poema en dísticos. Todo ello con la idea de apoyar y sostener una política pro-bizantina en Occidente, la de Atanagildo (cuyas hijas, Brunequilda y Galsuinda, y por motivos de alta política de Estado, como ya queda dicho, casan con los dos reyes merovingios, Sigiberto y Chilperico respectivamente). Si el matrimonio de Chilperico y Galsuinda hubiera tenido éxito, piensa Rouche, toda la Galia merovingia, Neustria y Austrasia se habrían tornado aliadas, o bien habrían podido aliarse con Bizancio en Italia o socorrerlo contra los Longobardos, cosa que no pudo llevarse a efecto.

componiendo y recitando ante la corte un epitalamio cargado de referencias clásicas, entre las que no falta la asistencia a la boda de Venus y Cupido.

Pero bueno será que, aunque sea en unas cuantas pinceladas, tracemos las líneas maestras del cuadro histórico que se encuentra Fortunato al llegar a la Galia. Remontándonos un tanto en el tiempo, Clodoveo (481-511), que tiene del reino un concepto puramente patrimonial, y en una decisión que traerá funestas consecuencias entre sus sucesores, sembrando las tierras de guerras civiles, muerte y desolación, al morir dividió su reino entre sus cuatro hijos (Clodomiro, Childeberto, Clotario y Thierry I). Tras desembarazarse por la fuerza y, en algún caso, por el asesinato, de sus tres hermanos, Clotario consiguió unificar el reino bajo su mandato pero, al morir (a. 561), volvió a cometer el mismo error que su padre Clodoveo, repartiendo el reino, también ahora, entre sus cuatro hijos (Cariberto I, Gontrán, Sigiberto y Chilperico). Los dos últimos se adueñaron de los territorios recibidos por los dos primeros y Sigiberto, como rey de Austrasia, el reino franco oriental (561-575) y Chilperico, como rey de Neustria, el occidental (561-584), no cesaron en su empeño de perseguirse sañudamente, sobre todo a partir del momento en que Galsuinda, la princesa visigoda, esposa de Chilperico y hermana de Brunequilda, al poco tiempo de sus esponsales, apareció estrangulada en palacio, indudablemente por las intrigas de la favorita de Chilperico, Fredegunda, y con el consentimiento de su propio esposo.

Aquel crimen (uno de tantos cometidos antes y después del mismo entre las paredes de los palacios merovingios) puso frente a frente a los dos hermanos, instigados, aparte de por razones políticas y de Estado, por motivos familiares (Sigiberto nunca perdonó a su hermano y a su favorita -luego esposa-, Fredegunda, el asesinato de su cuñada) y, sobre todo, puso en el primer plano del escenario de la historia de los años siguien-

tes a dos de las mujeres más sanguinarias y más dramáticas de cuantas conoce la Historia: Brunequilda y Fredegunda; algún historiador moderno¹⁴ las ha denominado como las nuevas Mesalina y Agripina y, en relación con la segunda, de ella se ha podido afirmar que “casi estuvo en su orden del día la liquidación de reyes –con el tiempo, en 575, conseguirá el asesinato de su cuñado Sigiberto-, y una de las furias más diabólicas de la historia universal, que triunfó simplemente con la extorsión, la tortura, el puñal y el veneno”¹⁵.

Por su parte, Brunequilda, mujer fuerte y decidida si las había, luchó sin desmayo contra Chilperico y sus descendientes y, a partir de la muerte de su propio esposo Sigiberto (575), tomó las riendas no sólo del poder sino también de la intriga y de la conspiración. Su final, como el de la mayor parte de los personajes de esta saga cruenta de leyenda, fue patético: caída en manos de Clotario II, último hijo de Chilperico y Fredegunda, fue salvajemente sometida a tortura, terminando por ser atada por su cabellera, por un brazo y un pie a la cola de un caballo y así ser arrastrada hasta morir (a. 613), con sus huesos descoyuntados¹⁶.

Si Fortunato, al abandonar Italia, lo que pretendía era ausentarse de una región sometida a las rebeliones, a las intrigas y al caos, hay que reconocer que no tuvo muy buena vista al elegir su nueva tierra de adopción. Y, sin embargo, en ella estuvo, como hemos indicado más arriba, posiblemente casi 40

(14) Mühlbacher, “apud” Karlheinz Deschner, *Historia criminal del Cristianismo. Alta Edad Media: el siglo de los merovingios*, Barcelona, 1990, págs. 105-106.

(15) K. Deschner, *o. c.*, pág. 106.

(16) Dice el autor, anónimo, del *Liber Historiae Francorum*, editado por Bruno Krusch, M. G. H., *Scriptores rerum merovingicarum*, T. II, Hannover, 1956 [= 1888], págs. 241-328, en el cap. 40, págs. 310-311, en un latín bárbaro: *Brunichilde morte turpissima esse dignissima, tunc, iubente Chlothario rege, in camelo levata, toto hoste gyrata, deinde equorum indomitum pedibus legata*. Cfr. K. Deschner, *o. c.*, p. 192.

años, hasta el final de su vida, sin regresar a su querida (así la califica, al final de su *Vita s. Martini*) patria. Es más, en esta nueva tierra de adopción consiguió nadar entre todas las aguas turbulentas, de uno y de otro lado, sin verse comprometido ni en su integridad física ni en sus relaciones personales: trabajó amistad con altos dignatarios de las cortes¹⁷, mantuvo correspondencia afectuosa con un interminable número de obispos y altos personajes eclesiásticos¹⁸, supo mantenerse indemne entre las luchas fratricidas de Sigiberto y Chilperico; es más, a ambos y sus esposas dedicó poemas encomiásticos y laudatorios, en una actitud que muchos han interpretado como de servilismo acomodaticio. En efecto, como ya se ha indicado más arriba, su carta de presentación como poeta la hizo en las bodas de Sigiberto y Brunequilda con un hermoso y florido epitalamio¹⁹, adornado de todas las galas de la mejor retórica. Pero, a su vez, al odiado Chilperico le dedica un poema que es un auténtico cántico encomiástico, lo que para muchos investigadores constituye un monumento al servilismo más rastrero. Tal vez las circunstancias en que fue compuesto y recitado ayuden a comprender la actitud de Fortunato. En medio de las intrigas, las desavenencias y los mortales odios entre los hermanos Sigiberto y Chilperico, el obispo de Tours, Gregorio, amigo entrañable, como ya queda dicho, de nuestro poeta, en toda ocasión había mostrado sus simpatías por Sigiberto, por lo que sus relaciones con Chilperico siempre habían sido tirantes. Tras el asesinato de Sigiberto, en el a. 575, vino a quedar en posición desairada con el dueño de la situación, Chilperico, lo que aprovecharon los enemigos de Gregorio para acusarlo de traición ante el rey. Gregorio fue convocado a un sínodo de obispos

(17) Véase, especialmente, el libro VII de sus *Carmina*.

(18) A ellos están dedicados los poemas y epitafios de los libros III, IV y V, así como parte del IX.

(19) *Carmina*, VI 1.

para justificar su actitud, sínodo al que asistió personalmente el propio Chilperico. Para salir en defensa de su amigo, Fortunato compuso este poema, que recitó ante el rey y la asamblea de obispos. Conociendo, por un lado, la actitud acomodaticia de Fortunato y, por otra, su estrecha amistad con Gregorio (que, por cierto, fue absuelto) no es extraño que nos encontremos, en su poema, con expresiones verdaderamente ditirámicas dirigidas a Chilperico²⁰. Por otra parte, a Chilperico y Fredegunda dedica el poeta una sentida *consolatio*, al perder los reyes a sus dos hijos de corta edad, víctimas de una epidemia²¹.

¿Cómo interpretar esta actitud de Fortunato, que parece querer mantenerse al margen de las luchas y de los conflictos? ¿Es que no tenía predilección por una de las dos partes? ¿Es que, al principio al menos, no podía verse conturbado por la injusta muerte —el injusto asesinato— sufrido por la joven princesa visigoda Galsuinda, muerte y asesinato que eran como una presentación de credenciales ante la sociedad merovingia de las intenciones que albergaban la sanguinaria Fredegunda y su moldeable esposo? La respuesta la tenemos en una de las más hermosas Elegías²² que nos ha legado la Antigüedad tardía, y que ha sido objeto de estudio por diversos investigadores²³. Se trata de un poema largo (370 versos = 135 dísticos) donde Fortunato nos cuenta el viaje de Galsuinda, desde Toledo a la

(20) *Carmina*, IX 1: "Ad Chilpericum regem quando synodus Brimnaco habita est". Las razones políticas que podían subyacer en la actitud de Fortunato (el poeta podría ofrecer una fórmula para el acercamiento entre Chilperico y los obispos, protegiendo, así, a su amigo Gregorio) han sido estudiadas por J. George, "Poet as politician: Venantius Fortunatus' panegyric to King Chilperic", *Journal on Medieval History*. 15 (1989), 5-18.

(21) *Carmina*, IX 2.

(22) *Carmina*, VI 5.

(23) En Nota 13 hemos dejado constancia del trabajo de M. Rouche sobre esta Elegía.

corte de Chilperico, para casarse con el rey, y su muerte, acaecida al poco tiempo. El poema es de un gran patetismo y el poeta ha centrado su atención en personajes que no son la propia interesada: antes del funesto desenlace, su madre Goisvinta, que, presagiando el triste destino de la hija, llora amargamente su marcha; tras la muerte de la princesa visigoda, su propia nodriza, su hermana Brunequilda y, de nuevo, su madre Goisvinta, que, todas ellas, lloran amargamente su triste suerte. Que Fortunato, aunque no alude a las intrigas que desembocaron en el asesinato de Galsuinda y no involucra a nadie en su inmerecida muerte, está de parte de la princesa muerta y de su esposo Sigiberto, lo deja ver claramente por un dato: cuando la comitiva, procedente de España, en su peregrinaje llega a Poitiers, hace constar que él fue testigo presencial, así como Radegunda, ex-esposa de Clotario, viuda desde el 561 y enclaustrada en el Convento de "Notre Dâme" (después llamado de "la Santa Cruz"). Es más, según el poeta, a Radegunda, movida por un amor maternal le hubiera gustado ver a la princesa hispana, con la que después mantuvo dulces lazos, tuvo para con la joven sinceras atenciones y, confiesa el poeta, su desgracia sigue doliéndole hoy en día²⁴.

Y, puesto que nos ha salido al paso el nombre de Radegunda, necesario nos es detenernos en la figura de esta mujer, una de las más interesantes no sólo de su tiempo sino de toda la época tardía e incluso Edad Media, y que tan ligada sentimentalmente va a estar a Fortunato durante 20 años. Nace en el seno de la familia real de Turingia. Es hija del rey Bertario, quien fue asesinado por su hermano Hermenefrido. Éste se apoderó del reino y se llevó consigo a sus sobrinos, Radegunda

(24) *Carmina* VI 5, 227-228: *saepe tamen missis dulci sibi dulcis adhaesit | et placide coluit quod modo triste dolet* [= 'con frecuencia se entrelazaron dulces sentimientos a través de mensajes; / Radegunda tuvo para con ella delicadas atenciones y eso es lo que ahora le aflige'].

y su hermano. La niña se crió en la corte de Hermenefrido y, durante aquellos años, mantuvo un trato no sólo familiar sino amistoso e ilusionado con su primo Amalafrido (hijo de Hermenefrido²⁵).

Cuando la Turingia fue conquistada por los Francos (los hijos de Clodoveo, Thierry I y Clotario I), Radegunda, que apenas tenía, según unos autores, 8 años, según otros, 11, junto con su hermano, fueron hechos prisioneros y llevados a Francia (otros miembros de la familia pudieron escapar y refugiarse en Bizancio). Radegunda, según todos los testimonios antiguos, debía de ser de una belleza excepcional; los dos hermanos reyes se disputaron su posesión, pasando, finalmente, a manos de Clotario, quien la hizo educar en Athies por san Medardo, el cual la bautizó y le dio una sólida formación cultural, religiosa y moral, hasta que cumplió 18 años, casándose Clotario con ella a continuación (Radegunda vendría a ser la quinta esposa de Clotario; después de ella convivió con una concubina y se casó, por sexta vez, ahora con Valdetrada). Radegunda, durante los años de su educación, no sólo se instruyó con todo esmero (su conocimiento del latín debió de ser muy grande si, como parece, ella misma llegó a componer versos en esta lengua) sino que se convirtió en la joven más religiosa y devota que pudiera imaginarse; al matrimonio accedió en contra de su más decidida voluntad; por otra parte, su delicadeza y finura iban a cho-

(25) Una muestra palpable del amor que Radegunda debió de sentir por su primo, refugiado, tras la caída de Turingia, en Bizancio, lo constituye el poema *De exilio Thoringiae* (*Appendix*, 1), la mayor parte del cual está dedicado a expresar el dolor por su separación; el poema, según la "communis opinio", fue compuesto por V. Fortunato, haciéndose portavoz de los sentimientos de Radegunda. La vieja tesis, defendida, en su momento, por Ch. Nisard (1890), de que el poema en cuestión habría sido compuesto por la propia Radegunda, hace tiempo que fue abandonada, aunque hace pocos años volvió sobre ella P. Dronke, *Las escritoras de la Edad Media*, Barcelona, 1994 (la primera edición inglesa es de 1984), pág. 126, aunque sin dejar de admitir que el propio Fortunato pudo participar en su composición.

car, desde el primer momento, con la brutalidad y la rudeza del semi-bárbaro Clotario: cuando ella, ya reina, fundó, en Saix, una especie de asilo para enfermos y necesitados, entre los que pasaba gran parte del día; cuando, por las noches abandonaba el lecho conyugal para pasarse horas muertas, tirada en el suelo, rezando, el rey no podía menos que admitir lo que a propósito de ella se le decía, esto es, que se había casado con una monja, no con una reina²⁶.

Y monja quiso ser siempre Radegunda, al no poder ser mártir, como ella deseaba; y monja acabó siendo tras huir de la corte y de su esposo. El hecho que desencadenó la decisión de Radegunda de huir de la corte fue la muerte de su hermano, impuesta por su esposo, el propio rey Clotario (al parecer como represalia por la rebelión de la Turingia en el 555). En Poitiers Radegunda fundó el monasterio que después, cuando la ex-reina recibió del emperador Justino II de Bizancio las reliquias de la santa Cruz, se llamó "de la santa Cruz". Su vida, tanto en el mundo como en religión, fue una serie ininterrumpida de privaciones, sacrificios y penitencias. Fortunato nos ha dejado una "Vida" de la santa (escrita en una prosa "bárbara", austera, de la peor retórica y difícil), deteniéndose en dos aspectos: las terribles penitencias impuestas a sí misma y los milagros llevados a cabo por ella. Unos 27 años más tarde después de la muerte de Radegunda (ocurrida el 13 de agosto del 587), una monja del propio convento de la santa Cruz, llamada Baudonivia, escribió otra biografía de la santa²⁷, insistiendo en especial en la preocupación de Radegunda por las convulsiones de la política y las luchas de sus hijastros (Sigiberto y

(26) V. Fortunato, *Vita sanctae Radegundis reginae*, cap. 5 (ed. de B. Krusch en M. G. H., *Scriptores rerum merovingicarum*, T. II: *de qua regi dicebatur, habere se potius iugalem monacham quam reginam*).

(27) En la edición citada de B. Krusch aparece a continuación de la de V. Fortunato (ambas biografías son a veces citadas como *Vita I* y *Vita II* respectivamente).

Chilperico), procurando intervenir con sus cartas, consejos y oraciones para conseguir la paz entre ellos²⁸.

En Poitiers conoció Fortunato a Radegunda y de ella quedó prendado de por vida. Como no sabemos la fecha del nacimiento ni de Fortunato (en la década 530-540) ni la de Radegunda (en torno al 520), no podemos saber qué edad tenía cada uno cuando se conocieron a finales del 567 o comienzos del 568; podemos conjeturar que Radegunda tendría unos 45 años y V. Fortunato, si pensamos, como fecha de su nacimiento, en la mitad de la década aludida, unos 33.

Cuando Fortunato llega a Poitiers, Radegunda está en negociaciones con el emperador Justino II y la emperatriz Sofía de Bizancio con el fin de conseguir que el emperador le envíe algunas reliquias, especialmente algún resto de la santa Cruz. Fortunato prepara la petición con dos poemas que, siendo escritos por él, figuran como escritos por Radegunda: se trata del *De excidio Thoringiae*²⁹ *Ad Artachim*³⁰. Conseguida la insigne reliquia de la santa Cruz, y con motivo de su solemne entroni-

(28) Tanto los investigadores que se ocupan de la biografía de la santa compuesta por V. Fortunato como los que se ocupan de la redactada por Baudonivia no dejan de tratar el tema de la relación que se puede establecer entre ambas, así como de las diferencias que las caracterizan, pero hay que hacer notar que disponemos de bibliografía específica, de trabajos que tratan directamente la relación entre ambas biografías; así, por ejemplo, C. Leonardi, "Fortunato e Baudonivia", en *Aus Kirche und Reich. Studien zu Theologie, Politik und Recht im Mittelalter. Festschrift für F. Kempf (curavit H. Mordek)*, Sigmaringen, 1983, págs. 23-32; F. E. Consolino, "Due agiografi per una regina: Radegonda de Turingia tra Fortunato e Baudonivia", *Studi Storici*, XXIX (1988), 273-306; J. Leclercq, "La Saintte Radegonde de Venance Fortunat et celle de Baudonivie", en "*Fructus centesimus, Mélanges offerts à Gerard J. M. Bartelink à l'occasion de son soixante-cinquième anniversaire*", Steinbrugge, 1989, págs. 207-216; M. Rouche, "Fortunat et Baudonivie: deux biographes pour une seule sainte", en *La Vie de sainte Radegonde par Fortunat. Poitiers, Bibliothèque Municipale, Manuscrit 250 (136)*, sous la direction de R. Favreau, Paris, Seuil, 1995, págs. 239-249.

(29) *Carmina. Appendix*, 1.

(30) *Carmina. Appendix*, 3.

zación, Fortunato compuso siete poemas, recogidos al principio del libro II de sus *Carmina*, algunos de ellos, efusiones espirituales del poeta³¹; otros, puros artificios formales³²; los dos restantes son unos hermosos y famosísimos himnos que, con sólo ellos, Fortunato se puede situar a la cabeza de toda la larga y dilatada historia de la himnología cristiana; se trata de II 2 y 6: ambos han venido siendo recitados en la liturgia de la Iglesia católica hasta nuestros días: el primero, *Pange, lingua, gloriosi proelium certaminis*, en septenarios trocaicos (= tetrámetros trocaicos catalécticos) y el segundo, *Vexilla regis prodeunt* (himno que fue adoptado, en su tiempo, como propio por los Caballeros del Temple), en dímetros yámbicos, es decir, en el metro que impuso en sus himnos san Ambrosio, tan seguido por los compositores (y las colecciones anónimas) de himnos posteriores.

La composición de tales himnos nos coloca, una vez más, a Fortunato como puente entre la edad clásica tardía y la Edad Media. Por un lado, frente a la prácticamente generalizada imposición del dímetro yámbico "ambrosiano" como metro de los himnos (el mismo Fortunato lo emplea en su *Vexilla regis*),

(31) 1 y 3.

(32) 4, 5, y 5a, que son, en especial el 4, complicados *carmina figurata*; el mismo Fortunato ha descrito las dificultades de este tipo de composición en la carta a Syagro que sirve de prefacio al poema V 6. La aparición de los *carmina figurata* se remonta hasta los alejandrinos: Sim(m)ias, entre otros, hacia el 300 a. C., en sus *Technopaegnia*, compuso ejemplos manifiestos: poemas que tipográficamente representan un hacha, un ala, un huevo, etc. Entre los latinos, el primer autor del que tenemos noticia entre los compositores de *carmina figurata* es Levio, perteneciente al Círculo de Quinto Lutacio Cátulo (s. II-I a.C.), quien, en sus *Erotopaegnia*, en su composición *Phoenix*, a imitación de Sim(m)ias, representó el ala de un páro. Entre los latinos, el gran impulsor y el máximo representante de la tendencia es Publilio Optaciano Porfirio (s. III-IV), quien dedicó al emperador Constantino toda una obra compuesta en *carmina figurata*. Ahora bien, Fortunato es el primer poeta que en sus *carmina figurata* representa un elemento cristiano como es la cruz, elemento que repetirán *ad nauseam* (junto con otros, como la representación del contorno de una o varias iglesias, por ejemplo) los poetas medievales.

nuestro poeta echa mano del metro que, empleado en los *carmina triumphalia* del mundo clásico como metro del desfile (el septenario trocaico), tras Fortunato, ya en la Edad Media, se impondrá en los himnos (tanto métricos como rítmicos), hasta el punto de convertirse en el auténtico *versus processionalis*. Hagamos notar, no obstante, que no es Fortunato el introductor del septenario trocaico como metro de los himnos religiosos; antes que él san Hilario compuso en tal metro su *Adae carnis gloriosa et caduci corporis*, y Prudencio lo empleó en dos ocasiones: *Cathemerinon*, 9 y *Peristephanon*, 1; pero sí es Fortunato el último que lo emplea al final de la época tardía y antes de sobrevenir la Edad Media. Por otra parte, si es verdad que con anterioridad a V. Fortunato han sido no pocos los poetas cristianos que han compuesto himnos (san Hilario, san Ambrosio, Prudencio, Sedulio, Ennodio), nuestro poeta es el primero que ha compuesto un himno a la santa Cruz.

Una vez instalado (definitivamente) en Poitiers, y a la sombra del Convento de la Santa Cruz, la vida de Fortunato va a girar en torno de Radegunda y de Inés, la joven nombrada abadesa por Radegunda cuando contaba con veintipocos años; a Inés Fortunato le llevaría alrededor de una decena de años. ¿En calidad de qué desarrollaba Fortunato su vida en torno al convento? Se ha pensado en un cargo como de administrador o ecónomo; él parece referirse a sí mismo, en tal cargo, con el calificativo de *agens*³³. Fortunato es todavía laico (y lo seguirá siendo hasta el 590, tres años después de la muerte de Radegunda; unos años antes de su propia muerte –ocurrida, lo más probable, hacia el 600–sería nombrado obispo de Poitiers) y como laico hay que entender sus relaciones con las dos monjas; unas

(33) XI 4, 3: *Fortunatus agens*, si aquí *agens* no es un juego de palabras (a las que tan propenso es nuestro poeta) con *Agnes*, que sigue en el verso: *Fortunatus agens, Agnes quoque versibus orant* (recuérdese que el nombre de *Agnes* le sirve al poeta para otro juego de palabras en XI 3, 10: *Agnen hanc vobis agnus in orbe dedit*).

relaciones muy personales; no muy extrañas (piénsese en las relaciones de un san Jerónimo con devotas mujeres como Eustoquio o Paula) pero sí un tanto "especiales"; su amor hacia ambas ha sido calificado, siempre, como espiritual³⁴. Nosotros preferimos denominarlo "amor precortés" y de él pasamos a hablar.

(34) Las "amistosas" relaciones entre V. Fortunato, Radegunda e Inés han sido ampliamente tratadas por los investigadores, siendo de especial interés el trabajo de Franca Ela Consolino: "Amor spiritualis e linguaggio elegiaco nei *Carmina* di Venanzio Fortunato", *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, VI, 4 (1977), 1351-1368). La autora pone en relación la elegía de amor "espiritual" de V. Fortunato con la elegía erótica de época clásica (especialmente con Ovidio) con la que comparte numerosos coincidencias, pero de la que la separa un hecho fundamental que viene a caracterizar y a dotar de originalidad a la elegía de Fortunato: las inspiradoras de su poesía, las destinatarias de la misma, son una religiosas, con las que sólo puede mantener una relación *in absentia*; aparte la circunstancia de que, frente a la individualización del mensaje erótico de los poetas clásicos (el poeta se dirige, en cada caso, a una inspiradora de su poema), en Fortunato el mensaje no pocas veces es compartido por las dos destinatarias, Radegunda e Inés. Fortunato, como deja claro la investigadora italiana, consigue mantenerse en un (precario) equilibrio entre amor profano y amor espiritual que dejará su huella en no pocos poetas medievales, en una actitud que contribuirá, desde una perspectiva histórica, a la evolución de la poesía de amor de los poetas provenzales. Ya G. Chiri, en *Poesia cortese latina. (Profilo storico dal V al XII secolo)*, Roma, 1954, llama a V. Fortunato "il primo vero poeta cortese" (pág. 25), y en cuanto al "amor" que une a Fortunato con sus dos monjas, hace notar que "non si può certo parlare di amore nel senso proprio della parola, anche se talora le espressioni sembrano a prima vista suggerire questo sentimento; o per lo meno non si tratta di un amore sensuale, ma di un sentimento piú alto, di un'amizizia spirituale che lega questi esseri in una perfetta fusione di spirito nel loro anelito verso l'alto. E se le espressioni (...) talora sembrano proprio amorose, lo sono soltanto come tutte quelle che la poesia e la letteratura mistica usano per sprimere analogicamente gli inesprimibili slanci dell'animo" (pág. 30). Particularmente esclarecedoras son las páginas dedicadas al tema por R. R. Bezzola, *o. c.*, págs. 41 ss: por lo que se refiere a las relaciones entre V. Fortunato y Radegunda e Inés, págs. 55-74 y a la influencia de Fortunato en la poesía cortés de la Edad media, las págs. 74-76. Véase, por otra parte, B. J. Rogers, "In praise of Radegunde: A Commentary of the Love Poetry of Venantius Fortunatus", *An International Journal*, 1971, 4, 264-272.

VENANCIO FORTUNATO Y LA "POESIA CORTÉS"

La poesía cortés nace (y sobre todo, evoluciona) como típico producto de creación literaria, hasta el punto de que hay momentos en los que tal poesía no tiene ninguna relación con la vida real. Poetas cortesanos hay que nada tienen que ver con la vida de la corte ni palaciega; no solamente no es que no vivan en ella ni en sus alrededores sino que ni siquiera conocen a la mujer a la que cantan (caso, por ejemplo, entre los poetas cortesanos que escriben en latín, el de Sedulio Escoto), mientras que, por otro lado, poetas cortesanos hay que, viviendo en la corte o en los palacios, inmersos en ellos, cuando se dirigen a la amada lo hacen en los términos más asépticos y convencionales (caso, por ejemplo, el de Angilberto cuando se dirige a Berta, hija del emperador Carlomagno, con la que ha tenido dos hijos y a la que denomina *egregia virgo*). El amor que traspasa las páginas de la poesía cortés es, esencialmente, un amor imposible: unas veces nos encontramos con un laico o seglar, pero en otras con todo un obispo que dirige sus requiebros a una reina, princesa, monja o abadesa. Y el primer representante de este tipo de poetas lo tenemos en V. Fortunato.

Poeta de corte y de cortesanos (con frecuencia se le ha calificado como "poeta de ocasión y circunstancia") y, como hemos visto, comprometido con todo tipo de personajes de la nobleza (en una primera etapa de su larga estancia en Francia, Fortunato acompañará a Sigiberto y su corte, visitando ciudades, tomando contacto con altos mandatarios y con numerosos obispos, a todos los cuales dedicará poemas laudatorios), hay una parcela de su poesía que lo va a conducir directamente a la auténtica poesía "cortés": sus poemas dedicados a la mujer, a la que, a veces contra todos los dictámenes de la misma realidad, considera como dechado de perfección: son los poemas dedicados a las reinas Brunequilda y Fredegunda (como ya queda dicho, dos de los ejemplos más sanguinarios de toda la historia medieval, pero tratados con todo respeto y veneración) o

Teudequilda y Ultrogoda; o a la duquesa Palatina; o a Placidina, esposa de Leoncio, obispo de Burdeos; o a la desgraciada Galsuinda, esposa de Chilperico; o a la hermosa Vilihuta; o a Eufrasia, esposa de Numatio, obispo de Viena; o a Eusebia, esposa de Eusebio, obispo de Saintes. Es, en todos esos casos, la manifestación de un respetuoso homenaje (como lo harán en los siglos centrales de la Edad Media, un Marbodo de Rennes, un Sedulio Escoto, un Baudri de Bouergueil (= Baldrico) o un Hildeberto de Lavardin).

Pero es en los numerosos poemas dedicados a Radegunda y a Inés donde la poesía "cortés" queda sólida y definitivamente instalada en la pluma de Fortunato. Tales poemas están impregnados de la amistad espiritual, de la intimidad del alma, del afecto profano y, al mismo tiempo, espiritual (algunos autores, a propósito de la relación afectiva de Fortunato con Radegunda, han hablado de unión mística) que caracterizan la poesía cortés.

Lo cierto es que, leyendo muchos de esos poemas, uno no puede menos que sentir una cierta turbación: en los dirigidos a Radegunda, es verdad que las expresiones de amor, las quejas y lamentos por la ausencia de la reina-monja (especialmente en las épocas de retiro, durante la Cuaresma) y la nostalgia por la separación, que están en la línea de las expresiones, quejas y lamentos de los elegíacos latinos clásicos³⁵, se ven atemperados no sólo por el respetuoso sentimiento de afecto filial-ante la "madre" (la expresión es de Fortunato), sino que todo ello está impregnado de una atmósfera espiritual que hace trascender las efusiones amorosas más intensas, elevándolas a una unión cuasi-mística. Ahora bien, aunque son más turbadoras las dirigidas a la joven abadesa Inés, en las que no faltan expresiones

(35) Nos remitimos al trabajo ya mencionado en nota 34 de F. E. Consolino, "*Amor spiritualis...*"

de amor que aparecen cargadas de sensualidad, ni siquiera ellas dejan de estar trascendidas, elevadas a la zona de la espiritualidad y referidas a la unión con Cristo.

Los poemas dedicados a Radegunda y a Inés (unas veces, a Radegunda e Inés por separado; otras, la mayor parte de las veces, a ambas juntas) son los siguientes: en el libro VIII, que tiene 21 poemas, 6 (del 5 al 10); en el libro XI, que tiene 26, todos ellos, menos la composición nº 1, que es una exposición, en prosa, del Credo: "De expositione symboli"; en el *Appendix*, que tiene 34, 31 (del 1 al 31). Del total de poemas de que se componen los *Carmina*, 264, los dedicados a las dos monjas, 62, constituyen el 23'5%³⁶.

Imposible nos es detenernos en cada uno de los poemas dedicados a las dos monjas. Limitémonos a citar algunos: en muchos de ellos se percibe el ambiente de estrecha camaradería que reina entre los componentes de aquel trío singular; en todos se palpa los latidos de una amistad llevada al límite, a los confines de un amor que, aunque pregonado como espiritual, no es menos sincero y menos afectivo. Repasemos algunos.

Poemas en los que el poeta agradece obsequios de Inés/Radegunda: en el libro XI, los números 8, el 9, el 10, el 11 (ramo de flores), el 12, el 14 (agradeciendo *lactea munera*, que debe entenderse como alguna crema o natillas), el 15 (leche), el 16, el 22, el 23a (por un banquete), el 19 (por golosinas y leche), el 20 (por huevos y ciruelas; ellas le han recomendado que se tomara un par de huevos; pues bien, tiene que confesarles que se ha bebido cuatro).

(36) Tal vez habría que añadir, a los seis del libro VIII, el 2 de ese mismo libro (en dísticos elegíacos "recíprocos"), en el que el poeta se debate entre ir de viaje, escuchando la invitación de Germán (el obispo de París, gran amigo del poeta), o permanecer en Poitiers, al lado de Radegunda; acabará dando gusto a ambos: irá de viaje pero sólo con el cuerpo, permaneciendo en espíritu al lado de Radegunda.

Poemas en los que el poeta da cuenta de obsequios que él hace a las monjas: en el mismo libro XI, el 13 (unas castañas), el 17, el 18 (unas ciruelas), y, en el *Appendix*, el 26 (*dulcia poma*) y el 27 (un colgante en forma de cruz).

En todos ellos encontramos expresiones de afecto y devoción y de algunas en concreto queremos hacer mención expresa: en el 14, en los *lactea munera* (una crema o natillas) han quedado, impresas, las huellas de las que las han cocinado, y las simples huellas de los dedos evocan en el poeta la imagen de las personas amadas; en el nº 17, el poeta da cuenta de un obsequio; no especifica en qué consiste; sólo indica que ha sido confeccionado con sus propias manos; se trata de un *munus amoris* (verso1) y, aunque es poca cosa, si bien se examina, siempre, entre las personas que se aman, ante los obsequios pequeños el agradecimiento es mayor³⁷. En el poema 27 el colgante en forma de cruz el poeta quiere que proteja los corazones de ambos y que el amor participe del bien común³⁸; cuando el colgante llegue a poder de Inés seguirá permaneciendo con Fortunato.

Poemas de ausencia: la ausencia puede deberse a diversas razones: unas veces es Radegunda (suele tratarse, en efecto, de la ex-reina monja) la que se retira a pasar, en solitario, el período cuaresmal; otras, es el propio Fortunato el que, debido a alguno de sus numerosos viajes, se encuentra fuera de Poitiers y, por consiguiente, separado de las dos monjas; finalmente, es la propia regla conventual la que impide el encuentro, en determinadas circunstancias, del poeta y sus admiradas/admiradoras. Todo este tipo de poemas rezuman nostalgia, añoranza, así como lamentos, en la más pura tradición de la poesía elegíaca.

(37) *Si bene perpendas, apud omnes semper amantes / munerebus parvis gratia maior inest* (5-6).

(38) *Alternis vicibus haec pectora nostra gubernet / et commune bonum oparticipetur amor* (3-4).

Tenemos, de esta temática, un par de poemas en el libro XI y cinco en el *Appendix*.

En el libro XI: poema nº 21: Fortunato está ausente; si no lloviera a cántaros, el poeta, (*amans* v. 2), correría a verlas: sólo cuando puede verlas hay luz para Fortunato³⁹. Nº 25: Fortunato les describe un accidentado viaje en barco y termina : lo mejor que le puede conceder la potencia divina es el poder volver a verlas felices⁴⁰.

En el *Appendix*: poema nº 18: en realidad, aquí la ausencia es la que impone la vida y regla del monasterio, que impide a Fortunato tomar parte en la fiesta de cumpleaños de la abadesa Inés, pero, aunque ausente en persona, con el corazón está presente⁴¹. Nº 21: uno de los más sentidos y hermosos desde el punto de vista formal: el poeta se lamenta de que el día anterior no ha podido hablar con la "madre"⁴² y Fortunato, sin Radegunda, es como un corderillo enamorado que, destetado de la ubre de su madre, anda errante, triste y lleno de ansiedad, por los campos herbosos (ora huye a las praderas hiriendo los vientos con sus balidos, ora vuelve al redil en el que, sin su madre, no encuentra ya placer)⁴³, pero da las gracias a la querida "hermana" (Inés) porque, piadosa, lo ha consolado; y es que una posee la mitad de Fortunato y la otra la otra mitad, y sólo cuando ve a las dos juntas él se comporta como un todo ente-

(39) *Si me non nimium pluviatilis aura vetaret, / dum nesciretis, vos repetisset amans. / Nec volo nunc absens una detenter ut hora, / cum mea tunc lux est quando videtur amans* (1-4).

(40) *Hoc mihi praecipue divina potentia praestet, / ut cito felices vos revidere queam* (31-32).

(41) *Sed quamvis absens specie, sum pectore praesens* (7).

(42) *Sic hesternus dies totas mihi transtulit horas, / ut matris vocem non meruisse querar* (1-2).

(43) *Qualiter agnus amans genetricis ab ubere pulsus / tristis et herbosis anxius errat agris / (nunc fugit ad campos feriens balatibus auras / nunc redit ad caulas, nec sine matre placet)* (3-6).

ro⁴⁴. N^o 22: Fortunato está ausente pero quiere, en su ausencia, testimoniar a Radegunda el tributo de su afecto⁴⁵ y añora las cosas que podría hacer, en su compañía, si estuviera a su lado: estaría a sus órdenes como esclavo, sometiendo el cuello a los dictámenes de su dueña⁴⁶; y es que, si Radegunda le hablara, sus palabras serían para el poeta más dulces que el néctar que liban las abejas en las selectas flores⁴⁷. N^o 25: Fortunato está de viaje y si la separación no les permite verse, que al menos la preocupación sea muestra del afecto; es más, no se puede decir que están ausentes si una dulce oración los tiene siempre presentes en el amor del corazón⁴⁸. N^o 29: una vez más, Fortunato está de viaje por mar; describe sus peligros; la tierra no es fértil pero es rica en hombres dignos del cielo. Ahora bien, esté en la ciudad que esté, el poeta, si no están con él Radegunda e Inés, en medio de miles de personas él se encuentra solo⁴⁹: que merezca verlas, felices, cuando llegue la bienaventurada cena del dios excelso⁵⁰.

(44) *Tu retines medium, medium me possidet illa: / cum geminas video, tunc ego totus ago* (11-12).

(45) *Si nequeo praesens, absens tibi solvo tributum, / ut probet affectum, mater amata, meum* (1-2).

(46) *Imperiis famulans tererem mea membra diurnis, / servirent dominae subdita colla suae* (7-8). El tema del *servitium amoris*, tan característico de la elegía erótica clásica, es recurrente en la obra de Fortunato dedicada a Radegunda: ver, por ejemplo, otros pasajes: XI 4, 2; 10, 13; *Appendix*, 12, 12; 24, 15: sacaría agua del pozo, faenaría en la viña, trabajaría en el huerto con la azada, cultivaría las hortalizas y sería un placer pasar calor, a su lado, en la cocina y lavar en agua limpia las vasijas ennegrecidas.

(47) *Si tua verba dares, essent plus dulcia quam si / floribus electis mella dedisset apes* (21-22).

(48) *Dumque recusat iter nostrum tibi reddere vultus, / affectum saltim sollicitudo probet: / nec sumus absentes, si nos oratio dulcis / praesentes semper cordis amore tenet* (3-6).

(49) *Ast ego vel si qua sine vobis urbe tenerer, / inter multa tamen milia solus eram* (11-12).

(50) *Cernere vos laetas merear, materque sororque, / cum venit excelsi cena beata dei* (13-14).

Poemas compuestos en diversas circunstancias: mencionamos, como ejemplo, algunos en los que queda de manifiesto el sentimiento afectivo de Fortunato:

Libro XI: poema nº 2: para Fortunato, Radegunda, a quien llama *mea lux* (v. 1), lo es todo⁵¹. Nº 3: deseos de felicidad, en la tierra y en el cielo, en el cumpleaños de Inés. Radegunda es calificada de *mater opima, decens* (v. 1) e Inés de *filia dulcis* (2)⁵². Nº 4: el amor de Fortunato por Radegunda es un amor santo: *sanctus amor* (1); Fortunato es su esclavo⁵³; Inés y Fortunato son "hijos" de Radegunda⁵⁴. Nº 5: A Inés⁵⁵, en su cumpleaños. En la oscuridad de la noche, aunque no se divisen la luna ni las estrellas, si Inés está contenta, para Fortunato las nubes desaparecen⁵⁶. Nº 6: es un poema clave en la historia de las relaciones de Fortunato con ambas monjas y, en especial, con Inés. ¿Estaba el propio poeta asustado en cierto modo de sus propios sentimientos hacia la joven abadesa?⁵⁷ ¿Cundía un rumor malintencionado en el monasterio, como el propio poeta

(51) *Omnia conspicio simul: aethera flumina terram; / cum te non video, sunt mihi cuncta parum; / quamvis sit caelum nebula fugiente serenum, / te celante mihi stat sine sole dies. / Sed precor horarum ducat rota concita cursus / et brevitate velint se celerare dies. / Consultum nobis sanctisque sororibus hoc sit, / ut vultu releves quos in amore tenes* (3-10).

(52) Cuando en Fortunato *filia* se aplica a Inés, se entiende que el poeta quiere decir: hija (espiritual) de Radegunda; para referirse al grado de parentesco espiritual suyo con Inés, califica a ésta de *soror*. Hagamos constar que el adjetivo *decens*, aplicado a Radegunda, aparece diversas veces en los poemas de Fortunato; así, aparte del caso del texto, en XI 7, 7 y *Appendix*, 12, 7 y 28, 1.

(53) *Exaudi famulos munere larga tuos* (2).

(54) (...) *petimus (...) ambo, / ut releves natos, mater opima, duos* (7-8).

(55) *Dulce decus nostrum* (1).

(56) *Nubila cuncta tegunt, nec luna nec astra videntur; / si sis laeta animo, me nebulae fugiunt* (13-14).

(57) En el 567/8, cuando Fortunato entra en contacto con las moradoras del Convento de la santa Cruz, debía de tener, como se ha dicho, unos 33 años, e Inés, poco más de 20..

parece aludir al final del poema, sobre aquellas relaciones? En este poema, en el que tampoco faltan expresiones afectuosas bien vivas, Fortunato pone a Cristo, a Pedro, Pablo y a María por testigos de que su amor por Inés (a la que llama "por el cargo, una madre para mí; por el amor, una dulce hermana"⁵⁸), es un amor puro⁵⁹; Inés es para el poeta como una hermana, como su propia hermana Titiana (incluso como una hermana gemela puesto que ambos son hijos de la madre Radegunda, habidos *uno partu*); pero obsérvese la carga sensual que destilan incluso los versos en los que se pregona la maternidad espiritual de la ex-reina monja: los santos mencionados son testigos de que el poeta no mira a Inés ni la aprecia de modo distinto a como si, por nacimiento, fuera su hermana Titiana, como si la madre Radegunda los hubiera engendrado a ambos en sus castas entrañas en un mismo parto y como si, a la vez, a los dos los hubiera amamantado, con su flujo de leche, sus bienaventurados pechos⁶⁰. El poeta se lamenta de que sus sentimientos sean motivo de malintencionado rumor, pero está decidido a seguir con ellos si ambas consienten en seguir otorgándole su dulce amor⁶¹.

Appendix, nº 16: al llegar el atardecer (cuando Radegunda tiene que recogerse), desaparece lo que constituye motivo de placer para el poeta, pero la noche no podrá arrebatarle a Radegunda por completo; porque, si no pueden hacerlo con los

(58) *Mater honore mihi, soror autem dulcis amore* (1).

(59) *Quam pietate fide pectore corde colo / caelesti affectu, non crimine corporis ullo; / non caro, sed hoc quod spiritus optat amo* (2-4).

(60) *Te mihi non aliis oculis animoque fuisse / quam soror ex utero tu Titiana fores, / ac si uno partu mater Radegundis utrosque / visceribus castis progenuisset, eram, / et tamquam pariter nos ubera cara beatæ / pavissent uno lacte fluente duos* (7-12).

(61) *Heu mea damna gemo, tenui ne forte susurro / impediãnt sensum noxia verba meum; / sed tamen est animus simili me vivere voto, / si vos me dulci vultis amore coli* (13-16).

ojos, los amantes se pueden ver en espíritu⁶². N^o 23: poema dedicado a Inés. Es un poema típico, representativo de lo que consideramos como "poesía cortés" en Fortunato: amor humano por un lado y amor transcendido a espiritual por otro: y eso ya puesto de relieve en los dos primeros versos del poema: Inés es para el poeta más dulce que un río de néctar, Inés a la que, en presencia de Dios, da culto, por un lado, en su corazón, por otro, en su espíritu⁶³. A esa confesión amorosa siguen unas consideraciones sobre la fugacidad de la vida y cómo pasa el tiempo; la misma Naturaleza cambia de aspecto, con consideraciones en la línea de tantas parecidas que encontramos en Horacio, por ejemplo; pero tales reflexiones, que en el Venusino van seguidas de una invitación a disfrutar del momento presente, mueven a Fortunato, ante la fugacidad de la vida, a invitar a Inés a unirse a quien no pasa, a Cristo, el verdadero amante; a él debe adherirse; esperándole debe estar con la lámpara encendida, como la esposa prudente del Evangelio, terminando el poema con el ruego de que no lo olvide⁶⁴. N^o 31: en este poema es donde Fortunato hace referencia a las dotes de poetisa de Radegunda; el poeta acusa recibo del poema enviado por Radegunda⁶⁵; Radegunda ofrece al poeta numerosos banquetes, pero sus palabras son el mejor alimento para un ávido⁶⁶; con tales versos ata su corazón⁶⁷.

(62) *Quamvis quod cuperem fugit me vespere facto, / te mihi non totam nox tulit ista tamen: / etsi non oculis, animo cernuntur amantes; / nam quo forma nequit, mens ibi nostra fuit* (1-4).

(63) *Flumine nectareo meritis mihi dulcior Agnes, / quam praesente deo pectore, mente colo* (1-2).

(64) *Tu quoque, dum religis, me merorare velis* (30).

(65) *In brevibus tabulis mihi carmina magna dedisti* (1).

(66) *Multiplices epulas per gaudia festa ministras, / sed mihi plus avido sunt tua verba cibus* (3-4).

(67) *Versiculos mittis placido sermone refectos, / in quorum dictis pectora nostra ligas* (5-6).

INFLUENCIA DE VENANCIO FORTUNATO, POETA "CORTÉS",
EN LOS POETAS MEDIEVALES

A) CORTE CAROLINGIA

En el aspecto que aquí ahora nos interesa (precedente de la poesía cortés de corte trovadoresco) la influencia de Fortunato se dejará sentir especialmente a partir de los escritores de época carolingia⁶⁸. Por lo que se refiere a las relaciones de tales escritores con la mujer en general y con las altas damas carolingias en particular, hay que poner de relieve su actitud de veneración, su visión de la mujer como *domna* (el término ya está en Fortunato), actitud en la que falta el sentimiento afectivo. En tal actitud no encontramos ni el sentimiento amoroso, por un lado, ni el sentimiento espiritual ni místico por otro. Lo que encontramos en ellos, cuando se dirigen a las damas en cuestión, es, más bien, un sentimiento de amistad, plasmado en expresiones de afecto, que llegan incluso a hacer referencia al lamento por la ausencia de la amiga pero más bien en un plano intelectual. Veamos algunos ejemplos:

ALCUINO⁶⁹

El sentimiento de amistad, tan característico de la corte carolingia, que en gran medida no trasciende los límites de la creación literaria⁷⁰, tiene en el monje de York a uno de sus más

(68) M. Manitius, en su *Poetarum posteriorum loci expressi ad Fortunatum*, "Index" IV a la ed. de las Obras en prosa de V. Fortunato hecha por B. Krusch M. G. H., *Auctores Antiquissimi*, T. IV, Segunda Parte, Berlín, 1961 [= 1885], págs. 137-144, nos ofrece un Índice con las referencias de *loci similes* que se dan entre diversos poetas medievales y la obra poética de Fortunato.

(69) En el "Índice" de M. Manitius mencionado en la nota anterior, Alcuino aparece con 45 referencias a Fortunato.

(70) Recuérdese cómo el grupo de escritores agrupados en el círculo carolingio se intercambia cartas, cumplidos, poemas, y forman un cenáculo en el que se adjudican nombres tomados de los grandes escritores greco-latinos o bíblicos (el propio emperador es "David", Angilberto, "Homero", etc.)

caracterizados representantes. Por citar un solo poema, el LV, 17¹, comienza con la expresión *dulcis amor* aplicada al propio poeta⁷² quien, con lágrimas en los ojos, suspira por el amigo ausente, un amigo que es mejor que la plata y que el oro y que resplandece más que cualquier tesoro; un amigo, también él, *dulcis amor*⁷³, que es descanso de su espíritu⁷⁴.

Ahora bien, la expresión de esos sentimientos de amistad suena a muy intelectual, muy retórico, muy literario (en el peor sentido de la palabra). Pero ¿y la relación de Alcuino con las mujeres, por ejemplo con las hijas de Carlomagno? En los poemas dedicados a ellas tendríamos que dar la misma respuesta. Encontramos expresiones que ya las hemos visto en Fortunato (*soror, amica dulcis, dulcis amor*) pero no salimos del círculo de la pura amistad; no hay en ellos ningún sentimiento amoroso; todo se mueve en el ámbito del afecto, hasta de la veneración y del homenaje⁷⁵. ¿Se deberá a que, siendo él monje, su estado le

(71) Pág. 266 de la edición de E. Dümler, en M. G. H., *Poetae Aevi Carolini*, I, Berlín, 1964 [= 1881]; en la *Patrologia Latina*, 101, 797 A, el poema lleva el título de "Ad amicum absentem suspiria".

(72) *Dulcis amor lacrimis absentem plangit amicum, / quem longinqua negat terra videre oculis* (1-2).

(73) Los términos *dulcedo* y *dulcis* eran ya reiterativos en la poesía de Fortunato: el primero aparece en su obra poética en 23 ocasiones; si tenemos presente que entre todos los poetas registrados en el CD-Rom *dei testi della poesia latina*, a cura di P. Mastandrea e L. Tessarolo, Bologna, Zanichelli, 1995, el término aparece en 93 ocasiones, resulta que de ellos, 24'7% pertenecen a Fortunato; por su parte, *dulcis* aparece 162 veces en la obra poética de nuestro poeta, lo que constituye el 9'5% de los casos registrados en el mencionado CD-Rom. Si volvemos nuestra atención hacia Alcuino, *dulcedo* no aparece ni una sola vez en sus *Carmina* (mientras que se registran 48 casos en sus *Epistolae* en prosa), mientras que *dulcis* aparece 33 veces en las *Epistolae* y 54 en los *Carmina*. (Los datos de Alcuino están basados en el testimonio informático de la *Patrologia Latina Database* ofrecido por Cahdwyck-Healey Inc.).

(74) *Tu requies mentis, tu mihi dulcis amor* (10).

(75) Dice G. Chiri, o. c., pág. 49, a propósito de los poemas dedicados por Alcuino a las hijas del emperador: "non è piú qui un sentimento amoroso, ma di sem-

impediría un acercamiento sentimental a las princesas? Monja y ex-reina era Radegunda; monja y abadesa era Inés.

ANGILBERTO⁷⁶

Así las cosas, ¿qué podríamos decir de Angilberto, en íntima unión amorosa con Berta, una de las hijas del emperador? Con ella, como ya queda dicho, y fuera del matrimonio, tuvo dos hijos. Discípulo de, entre otros maestros insignes, Alcuino, su actitud de "bon vivant" y de disfrutador de la vida durante un cierto tiempo escandalizaba al severo monje de York, como lo testimonia éste en sus cartas. Angilberto ha sido calificado como "hombre de mundo"; su relación con Berta no debió de ser mal vista por el propio emperador, quien, conociendo sus dotes de buen mediador y diplomático, le encomendó diversas embajadas, poniéndole finalmente al frente –como abad laico– de la abadía de Centule –Saint Riquier–⁷⁷.

Pues bien, su vida amorosa, su íntima relación con Berta, no han dejado la menor huella en la poesía de Angilberto: cuando en su poema II⁷⁸ entona un panegírico de Carlomagno (en un poema de 108 hexámetros aparece 37 veces el seudónimo del

plice amicizia, taloro in tono scherzoso, per queste dame che partecipavano agli stessi ideali di vita cortese, e a cui il poeta si rivolge con lo stesso tono che agli amici dilette, e con gli stessi appellativi". El mismo autor (*ibidem*) recuerda cómo Alcuino, dirigiéndose a Gisella (hermana del emperador, abadesa del monasterio de Chelles), la califica, también a ella, de *dulcis amor y soror inclita: Tu mihi dulcis amor, semper soror inclita salve* (*Carmina*, XLI 1).

(76) El número de referencias como *loci similes*, entre pasajes de Angilberto y pasajes de las obras poéticas de V. Fortunato, registrado por M. Manitius en su Índice ya citado, es de 72.

(77) Véase F. Brunhölzl, *Histoire de la littérature latine du Moyen Âge. I/2, L'époque Carolingienne*, Brepols, 1991, pág. 58. Como "S. Angilbertus Centulensis" queda registrado en la *Patrologia Latina*, 99, 825.

(78) *Poetae Aevi Carolini*, I, págs. 360-363.

emperador, "David") y de su familia (hermana, hijo primogénito, hijas, y los propios hijos de Angilberto y de Berta), al llegar a hablar de ésta se limita a decir: "Oh Piérides, entonad ahora, en mi compañía, las alabanzas de la virgen egregia Berta, a la que ojalá agraden nuestras canciones: ella es una muchacha digna de todas las canciones de las Musas"⁷⁹.

¿Puede decirse algo más retórico, frío y convencional? Como ya lo hemos hecho notar más arriba, la actitud de Angilberto corrobora la tesis de que la poesía cortés es pura creación literaria, al margen de toda relación con la vida real: se cantan amores imposibles, sublimados y transcendidos (de laicos o clérigos hacia reinas, princesas, monjas o abadesas) y se pueden pasar en silencio amores correspondidos y hasta socialmente correctos (o casi).

B) SIGLO IX

De entre los poetas de la época de los sucesores de Carlomagno, dos (Rabano Mauro, h. 780-858 y Walafrido Estrabón, 808/9-849) siguen la línea de la poesía áulica de corte tradicional, cantando a emperatrices y a altas damas de la corte: R. Mauro, a Ermengarda, esposa del emperador Lotario I, en tres poemas⁸⁰ y W. Estrabón, a Judith, esposa de Ludovico Pío, en cuatro poemas⁸¹, y a Adelaida, esposa de Conrado, hermano de Judith⁸².

(79) *Virginis egregiae Bertae nunc dicite laudes, / Pierides, mecum, placeant cui carmina nostra: / carminibus cunctis Musarum digna puella est* (48-50).

(80) Recogidos en el T. II de los *Poetae Aevi Carolini*: VI 2 (pág. 167), que ofrece, en acróstico, la dedicatoria *Irmingardam augustam*; VI 3 (págs. 167-168) y el epitafio a la Emperatriz, LXXXIX (págs. 239-240).

(81) *Ibid.*, poema n° XXIII ("De imagine Tetrici [=Theodorici]"), págs. 370-378, vv. 192-208; XXIIIa, págs. 378-379, XXIV, págs. 379-380 y XXVI, pág. 382.

(82) *Ibid.*, n° XXXIX, pág. 391.

RABANO MAURO en ninguno de los tres poemas a Judith manifiesta ningún sentimiento que no sea de veneración y homenaje. Como Alcuino, como Angilberto, el poeta se mantiene en la pura distancia reverencial, lejos del sentimiento amoroso que impregnaba la poesía "cortés" de Fortunato. Ahora bien, R. Mauro tiene un número considerable de expresiones tomadas directamente de V. Fortunato⁸³: así, el poema VI iii⁸⁴ comienza con la invocación *O regina potens*, con la que comienza el poema 8 del libro VIII de Venancio Fortunato, dirigido a Radegunda, aunque es con el poema 23 del *Appendix* con el que el citado poema de R. Mauro ofrece unas similitudes patentes: las cosas terrenales, los placeres, los reinos, el mundo, el mismo tiempo, todo pasa, y pasa como se suceden los cambios en la naturaleza: sólo el amor de Cristo permanece⁸⁵. Lo mismo encontramos en el poema de Fortunato⁸⁶.

W. ESTRABON, por su parte, también ofrece numerosas expresiones tomadas de V. Fortunato⁸⁷. En cuanto a su relación con las encumbradas damas, en el extenso poema *Versus de imagine Tetrici* [= Teodorico, rey godo]⁸⁸ el poeta canta el bautismo de Eroldo el Danés; describe el cortejo real que asiste a la ceremonia y, entre los encumbrados personajes asistentes, se encuentra

(83) M. Manitius, en su Índice ya citado, registra 30 casos de *loci similes*.

(84) Pág. 168.

(85) *Deliciae mundi pereunt, perit omneque pulchrum, / regna ruunt mundi, mundus et ipse ruit. / Et decus et sceptrum, virtus et gloria mundi, / transit et ipsa dies, nox ruit atra polo. / Folia decidunt, arescunt arbusta silvis, / flaccida deciso gramina flore cadunt. / Omnia vertuntur mundi speciosa per orbem, / solus amor Christi semper ubique manet* (13-20).

(86) *Aspice quam celeri mutantur cuncta rotatu, / dum veluti pinnis tempora nostra volant. / Casibus incertis scripulos nescimus et horas: / cras sit homo an non sit quis dabit inde fidem? / Arboris oppressit hodie nix alta cacumen / duraque ramorum brachia curvat hiems: / crastina forte dies puro si fulserit ortu, / si qua pruina iacet, sole calente liquet (...). / Sit tibi Christus honor, Christus spes, Christus amator, / in solo semper fige salutis opem* (2-16).

(87) Según el citado "Índice" redactado por M. Manitius, 38.

(88) En *Poetae Aevi Carolini*, poema XXIII, T. II. págs. 370-8.

Judith, la emperatriz, de la que se hace el encomio en los vv. 192-208, a la que se cubre de alabanzas, pero hacia la que el poeta no manifiesta ningún sentimiento afectivo personal. Lo que no falta, tras las huellas de V. Fortunato⁸⁹ y de los poetas "cortesés" que han precedido a W. Estrabón, es la alusión a la "dulzura" del personaje, plasmada en la expresión ya conocida *dulcis amore*⁹⁰.

La misma ausencia de manifestación de los propios sentimientos se da en el poema XXIIIa⁹¹: que Dios proteja a Judith y a los suyos, los exalte, los confirme, los gobierne, etc., pero ni un solo sentimiento afectivo. Lo que sí hace el poeta es dejar constancia de su entrega al servicio, en actitud de esclavo, para con la emperatriz y los suyos⁹². Y lo mismo podríamos decir de los poemas XXIV y XXVI⁹³, igualmente dedicados a Judith, y del XXXIX⁹⁴, en endecasílabos falecios, dedicado a Adelaida.

Ambos poetas se comportan, pues, como movidos por la misma inspiración dentro de la poesía cortés: expresiones de veneración, homenaje y servicio a las altas damas, expresiones ligadas a referencias al amor de Dios y a la vida espiritual, pero ausentes de toda manifestación afectiva. Ahora bien, aunque no aportan novedad alguna a la historia de la poesía cortés, prepa-

(89) Véase Nota 73.

(90) *Est ratione potens, est cum pietate pudica, | dulcis amore, valens animo, sermone faceta, | laeta cubans, sit laeta sedens, sit laeta resurgens, | laeteturque poli felix in sede locata* (205-208). Una intensificación en la expresión de la dulzura la encontramos, por ejemplo, en su poema XXX (pág. 384), cuando, dirigiéndose a Heribaldo, obispo de Auxerre, dice: *Si quam dulcis inis, tam dulcis in extima tendes, | mi dulcedo tua dulcior usque manet* (15-16).

(91) Págs. 378-379.

(92) *Iam pridem statui, tandem quo nescio casu, | servitio attraheret vestro prolisque beatae* (5-6).

(93) Págs. 379-380 y 382 respectivamente.

(94) Pág. 391.

ran la aparición del que puede ser considerado uno de los representantes más típicos de esta poesía (sobre todo porque va aportar al género una novedad importante, como veremos), poeta que, por un lado, enlaza con V. Fortunato y, por otro, es pregonero, aun a distancia, de los futuros trovadores. Nos referimos a SEDULIO ESCOTO.

Por lo que al tema que ahora a nosotros nos interesa se puede afirmar que Sedulio, por las condiciones en que se desarrolla su actividad como poeta cortés, y por las innovaciones que aporta al género, es uno de los mejores representantes de esta poesía.

Sedulio, como hemos visto en otros poetas, y como ya lo había hecho Fortunato, dedica sus poemas cortesés a una reina/emperatriz, a Ermengarda, la esposa del emperador Lotario I (cantada ya, como hemos visto, por Rabano Mauro); pero las expresiones de afecto personal, que en los otros poetas (comenzando por Fortunato), aunque denotaban un amor imposible por la distancia social entre poeta y ser amado o la diferencia de estado –laico/religioso– de ambos, no impedían un acercamiento físico de los mismos, en el caso de Sedulio la nota de “amor de lejanía”, que será característica ineludible de los trovadores, es llevada a su más alto grado, pues siempre se trató de una lejanía incluso física, ya que Sedulio nunca estuvo en la corte sino que, llegado en embajada hacia el a. 848, y recibido benévolamente por el obispo Hartgar, quedó en Angers los diez años de los que se tiene constancia que permaneció en Francia⁹⁵. Tal vez por eso, unido a que el carácter de Sedulio es

(95) De su vida sabíamos poco y lo que sabíamos ha sido sometido a crítica y revisión. Así, la creencia generalizada de que habría llegado a Francia hacia el 848 y aquí habría permanecido una decena de años, hasta alrededor del 859, perdiéndose después su pista, hoy ya es puesta en duda. La fecha de su llegada a Francia no puede fijarse con precisión: lo más que se puede decir es que sucedió entre la muerte de Ludovico Pío (20 de Junio del 840) y la de Ermengarda, esposa de Lotario I (20 de Marzo del 851). Véase F. Brunhölz, *o. c.*, págs. 205-206.

menos profundo que el de Fortunato y no tiene una vida espiritual tan intensa como el cantor de Radegunda, sus sentimientos se confunden con una admiración menos comprometida y más cercana a la veneración y al respeto.

Su poema nº XX⁹⁶ (*Ad Ermingardem imperatricem*) es todo un panegírico encomiástico en el que el poeta ha echado mano de todos los recursos de la mejor retórica: los dos primeros dísticos (el poema tiene 23) es una dedicatoria llena de alabanzas. En los cuatro siguientes, el poeta hace saber que la fama de Ermengarda la conocen los pueblos más remotos; pero es entre los versos 15 y 30 donde asistimos a la novedad que Sedulio introduce en la poesía cortés, a saber, la *descriptio pulchritudinis*, la descripción de la belleza física de la destinataria, descripción minuciosa, que, aunque hecha en los términos tradicionales que vienen ya de época clásica (el rostro tiene que ser rosado, la cabellera, rubia, etc.) y las imágenes giran en torno a la cítara, el oro, la nieve, la rosa, las piedras preciosas, la leche, los lirios, el marfil...) no sigue el canon tradicional, la descripción de arriba abajo, de la cabeza a los pies. En efecto, las referencias van dirigidas a *vultu* (verso 15), *fronte* (16), *lingua* (18), *pectore* (19), *facie* (21), *capillis* (23), *caput* (24), *visibus* (26), *colla* (27), *manibus* (29). La descripción de las partes corporales va precedida⁹⁷ de la aseveración de que su hermosura, sus costumbres, su fama y su linaje dejan atrás a todas las *Francigenas*, siendo de destacar que, para referirse a su hermosura, emplea el mismo adjetivo que tan frecuentemente Fortunato aplica a Radegunda: *forma decens*⁹⁸.

(96) M. G. H., *Poetae Aevi Carolini*, III, edic. de L. Traube, Berlín, 1964 [= 1896], págs. 186-187.

(97) Versos 13-14.

(98) *Emicat in vestro nam vultu pulchra venustas, / fronte serenifica gratia blanda nitet; / despicitur citharae modulaminis oda sonora, / aurea si vestri lingua beata sonet; / inclita simplicitas in vestro pectore floret, / mentis in arce viget palma pudicitiae; / in facie niveum quoddam roseumque rubescit, / quae superat Nymphas Luciferique decus; / cingitur auricomis fla-*

En un caso como éste se ve claro el carácter puramente literario de la poesía cortés (hasta no falta la alusión a las Ninfas y a Lucifer): Sedulio no conoce personalmente a Ermengarda, pero eso no le impide describirla, retratarla, como si la tuviera delante; es más, su descripción sirve para cualquier mujer cantada por los poetas; pero ésta es una emperatriz, y, además (rasgo ineludible, desde Fortunato, de la poesía cortés) toda esa belleza se la ha concedido Cristo⁹⁹. Pero ¿y el sentimiento amoroso? Sigue estando ausente; sólo encontramos veneración, homenaje, respeto.

Nada nuevo en los otros dos poemas que Sedulio dedica a la emperatriz: el XXI¹⁰⁰, que es una descripción de un manto de seda bordado, probablemente, por la misma Ermengarda, y el XXIV¹⁰¹, con un encomio laudatorio en el más alto grado.

SIGLOS XI-XII

HILDEBERTO DE LAVARDIN (1056-1133), obispo de Le Mans en 1096, se muestra profundamente influido por la cultura clásica, devoto de la antigua Roma y no sólo de la cristiana y con un gusto exquisito por la forma. En toda su vida se manifiesta una doble tendencia: por un lado, su formación clásica, su admiración del mundo y la cultura antiguos, su gusto por la *urbanitas*¹⁰²; por otro, un profundo sentimiento cristiano y de pastor

vus vertexque capillis / crisoliti specimen circulat omne caput; / instar clarifici fulgens splendore iacinthi / visibus irradiat gratia magna tuis; / lactea formoso decorantur colla nitore, / lilia ceu splendent aut elephantis ebur; / in manibus niveis sic gratia larga redundat (15-29).

(99) *Ermingardis, amas nam Christum mente venusta; / idcirco Christus haec tibi cuncta dedit (31-32).* Sobre *decens* en Fortunato, véase nota 52.

(100) Págs. 187-188.

(101) Págs. 189-190. Se trata de un poema de 24 dísticos "recíprocos" (el primer hemistiquio del hexámetro se repite como segundo hemistiquio del pentámetro).

(102) Una derivación de la ya tantas veces mencionada *dulcedo*.

hondamente preocupado por su grey. Reflejo de esta doble actitud son sus famosas *Cartas* (en prosa), entre las que, y en conexión con nuestro tema, son de destacar las dirigidas a mujeres de la alta nobleza, donde nos muestra su afecto, su simpatía y su amistad¹⁰³, y en las que vemos muchas ideas y hasta expresiones tomadas de Fortunato.

Recordemos algunos de los poemas dedicados a las ilustres damas mencionadas en la nota anterior: epitafio conmemorativo de la condesa Adela de Blois¹⁰⁴, en el que, entre los tópicos del género, se insiste en la gravedad y la lealtad, con una comparación llamativa: su fidelidad es más rara, entre las de su sexo, que un cuervo blanco¹⁰⁵.

A la misma condesa está dedicado un pequeño poema¹⁰⁶, donde el poeta confiesa que nada le agrada más que agradarla¹⁰⁷.

Un encomio de corte tradicional a la reina Matilde¹⁰⁸, aunque es de notar el dato de que la hija tiene todas las cualidades de la madre¹⁰⁹, dato que recuerda a Fortunato cuando invita a Inés a seguir los ejemplos y conservar las cualidades de su

(103) Por ejemplo, la dirigida a Adela de Blois, hija de Guillermo el Conquistador, casada con Esteban Enrique de Blois, hermana del rey Guillermo el Rojo y de Enrique I Beauclerc y tía-abuela de Enrique II el Plantagenet: *Epistolae*, I 3 (*Patrologia Latina*, 171, 144 ss.), o a Matilde de Inglaterra.

(104) *Patrologia Latina*, 171, 1394B.

(105) *Cum fidei mulier corvo sit rarior albo / haec tamen in sexu floruit ista fides* (*ibid.*, *Carmina miscellanea*, XXXIV, 11-12).

(106) Cuatro dísticos: *Carmina minora*, ed. de A. Brian Scott, Leipzig, Teubner, 1969, nº 15, pág. 5 [= *Patrologia Latina*, *ibid.*, *Carmina indifferentia*, 2, 1442D-1443A].

(107) (...) *plus homine erro, / si plus affectem quam placuisse tibi* (7-8).

(108) La "Emperatriz", hija de Enrique I de Inglaterra y de Matilde: *Carmina minora*, nº 35, págs. 21-22.

(109) *Cuncta quae genitricis habes* (11).

“madre” Radegunda¹¹⁰ ; la misma idea -(...) *revera filia matris / talem te genuit qualis et illa fuit*- la encontramos en otro poema de Hildeberto¹¹¹.

Un poema dedicado a Matilde madre, aunque todavía no casada con Enrique I¹¹²: poema eminentemente “cortesano”, en el que encontramos un rasgo muy propio de la poesía cortés: el poeta pierde su facundia ante la alta dama, toda una diosa. El tema de toda la composición gira en torno a la afirmación con la que aquélla comienza: cuando un hombre está entre los hombres, se muestra más disertor que Cicerón, pero, cuando está ante los dioses, pierde su facundia¹¹³: así le pasa al poeta en presencia de Matilde¹¹⁴; al encontrarse ante ella, le pareció que se encontraba ante una diosa¹¹⁵.

BALDRICO (BAUDRI DE BOURGUEIL) nace en 1046/7; en 1107 es nombrado arzobispo de Dol. Espíritu vivo e inquieto; gran viajero. Su carácter se refleja en su obra¹¹⁶, variada y amplia: epitafios, lamentaciones, billetes de agradecimiento o dedicatoria, etc. Baldrico tiene numerosos poemas dedicados a mujeres y, de entre ellos, algunos dedicados a damas de la alta sociedad, que son los que aquí nos interesan, y en ellos se nos muestra una atmósfera que recuerda en gran manera la de las cortes trovadorescas.

(110) *Carmina*, VIII 3, 77-80: *Non aliunde petas, in matre exempla require, / aspicias ante oculos quod mediteris opus, / cum qua festinas simul esse in luce perenni / condecet hic simili currere lege viam.*

(111) *Carmina indifferentia*, VI 7-8, *Patrologia Latina*, 171, 1444C.

(112) *Ibidem*, Poema III, col. 1443A-C.

(113) *Qui solet ante homines Cicerone dissertior esse / facundus minus est dum venit ad deos* (1-2).

(114) *Sic ego cum mediae plebi loquar ore disertor, / in vultu potui dicere pauca tuo* (3-4).

(115) *Majestate tua stupui, totamque vaganti / percurrens oculo, sum ratus esse deam* (5-6).

(116) *Carmina*, edición de K. Hilbert, Heidelberg, 1979.

Si de Sedulio Escoto habíamos dicho que podía ser considerado el primer poeta cortés auténtico, en Baldrico encontramos la coronación de una concepción de la poesía cortés que ha venido fraguándose desde Fortunato: ya desde el cantor de Radegunda (aunque en unos casos más que en otros) la dama se nos aparece como un ideal distante, como una meta inaccesible, a la que el poeta, unas veces, hace patente su amor (por lo demás, sublimado y transcendido); y, en otras, su respeto y veneración. En Baldrico, por su parte, y en relación con Adela de Blois¹¹⁷, a quien dedica dos poemas, nos encontramos con una nota de familiaridad y espontaneidad que es nueva en la poesía cortés: en efecto, en el larguísimo poema en dísticos nº 134¹¹⁸, que consta de 1368 versos y en el que poeta describe la tapicería y mosaicos que adornan el apartamento de Adela¹¹⁹, antes de terminar con la confesión de sus sentimientos para con la condesa (si ella le mira, el poeta ya tiene bastante¹²⁰), el poeta le pide que le regale una capa y, si no le parece mal, una túnica¹²¹. Sobre la capa en cuestión vuelve en el poema siguiente, el

(117) Cantada también, como hemos visto, por Hildeberto de Lavardin.

(118) Págs. 149-185 de la mencionada edición.

(119) A poner en relación con la descripción que Sedulio Escoto, en su poema XXI, hace del manto bordado por Ermengarda, uno y otro en la mejor tradición del género de la "écfrasis", que, sin interrupción, llega hasta los poetas medievales desde el mismo mundo clásico.

(120) *Adela me uideas aliquando fronte serena; / si me respicies, id michi sufficiet* (1361-1362).

(121) *Cartula nuda uenit, quia nudi cartula uatis / da nude ["sic", por nudo] cappam, sique placet, tunicam* (1357-1358). El tópico del manto regalado al poeta ha sido estudiado por Th. Latzke, "Der Topos Mantelgedicht", *M.L.J.*, 6 (1970), 109-131, y la misma investigadora ya había estudiado, en "Die Mantelgedichte des Primas Hugo von Orléans und Martial", *M.L.J.*, 5 (1968), 54-58), el burlesco y satírico poema de Hugo el Primate (*The Oxford Poems of Hugh Primas and the Arundel Lyrics*, edición de C. J. McDonough, Toronto, 1984, Poema 2, pág. 30) en el que se queja, en la mejor tradición goliardesca, del regalo de un manto, andrajoso y todo harapos, hecho por el obispo.

135: tras dejar constancia de que Adela es su inspiración¹²², vuelve a recordarle la capa que el poeta merece como premio de sus versos, pero la petición queda transcendida elevándose a la esfera de los más encendidos sentimientos, porque llevar la capa regalada por Adela será como llevarla a ella misma en su corazón¹²³. Espontaneidad y familiaridad que el poeta todavía hará más patente cuando, ya en el último verso, le avisa de que cuide que a la capa no le vaya a faltar su cimbria¹²⁴.

A Cecilia, *regis Anglorum filia*, (hermana de Adela), está dedicado el poema nº 136¹²⁵ en el que el poeta, en medio de sus alabanzas a la alta dama por su prosapia y linaje, deja deslizar un ofrecimiento de sí mismo, en plena línea del rendimiento y del *servitium amoris* trovadoresco: "todo lo que valgo te lo ofrezco en la medida en que pueda ofrecértelo o, si es así tu deseo, incluso más allá"¹²⁶.

Diversos otros poemas están dedicados por Baldrico a encumbradas damas y a abadesas y monjas, pero queremos terminar nuestra relación de poetas cortesés con el recuerdo de dos de tales poemas de Baldrico, los números 200 y 201 de su colección¹²⁷. Se trata de dos cartas amatorias, en la línea de las *Heroidas* de Ovidio. Ahora bien, la Constancia a la que está dirigido el primer poema y que supuestamente escribe la respuesta ¿es la misma Constancia a la que está dirigido el poema 142,

(122) *Ex quo materiam michi sumpsit de comitissa. / Ipsa michi carmen, calamum michi suggeris ipsa* (10-11).

(123) *Ut te habeat pectus, hec dum superinduet artus* (19).

(124) *Et caue, ne desit etiam sua fimbria cappe* (32).

(125) Págs. 188-189.

(126) *Ecce tibi, uirgo, si quid tamen ipse ualebo, / offero me pro posse meo uel, si placet, ultra* (13-14).

(127) El 200, págs. 266—271, con 89 dísticos, *Ad dominam Constantiam*, y el 201, respuesta de Constancia a Baldrico, págs. 271-276, igualmente con 89 dísticos.

calificada, en él¹²⁸, de *virgo decens*, o es otra distinta? Y la Constanca aludida, con juego de palabras incluido, en el verso 3 del poema 213¹²⁹ ¿es la misma que la del poema 142 u otra distinta¹³⁰? A la espera de que los investigadores diluciden si estamos ante tres, dos o una Constancias, P. Dronke opina que “de momento, lo más seguro parece ser contar con sólo una Constanca. O. c., nota 18, pág. 389¹³¹. Lo que nos interesa es, en especial, el carácter ficticio, puro juego literario de las composiciones: el propio Baldrico confiesa: “y si alguien nos critica por mostrarme, cuando canto, retozón, yo no soy un hombre severo; todo lo que hago es juego”¹³². El poeta confiesa un amor que está por encima de los amores de todos los amantes de la Antigüedad clásica (el de Paris y la hija de Leda = Helena; el de Venus y Marte, el de Juno y Júpiter, el de Orfeo y Eurídice). Nunca podría olvidarla, nunca podría olvidar su hermosura¹³³; pero el amor que los une es un amor puro¹³⁴, porque el impulso que empuja a Baldrico hacia Constanca no es fruto del *foedus amoris*¹³⁵ que, en los autores clásicos (recordémoslo) ligaba a los

(128) Verso 1º.

(129) *Pectore constanti Constanca nomine fulsit.*

(130) K. Hilbert, en el “Index nominum” de su edición, pág. 338, deja entrever que se trata de dos personas distintas. Es decir, Hilbert distingue, por un lado, la Constanca *domina* del poema 200 y, por otro la Constanca *uirgo decens* del 142, apuntando la posibilidad de que la del poema 213 sea la misma que la del 142 u otra distinta: *eadem aut alia*.

(131) Este autor hace un análisis detenido de ambas Cartas en las páginas 127-133 de su obra citada.

(132) *Quodsi nos aliquis dixisse iocosa remordet, / non sum durus homo: quicquid ago, iocus est* (Carta 200, 143-144).

(133) *Inmemor esse tui nunquam, Constantia, possum, / quem tua forma tui son sinit inmemorem* (29-30).

(134) *In te conciuem uolo uiuere uirginitatem, / in te confringi nolo pudiciam* (39-40).

(135) *In te me nunquam foedus adedit amor* (38), y, repetido, en el verso 48.

amantes y los obligaba a mantener su compromiso amoroso (*foedus amoris, foedus lecti, foedus maritum*)¹³⁶. Y ese amor no es hijo del *foedus*, porque se trata de un amor “especial”; el mismo poeta nos lo dice: *spetialis amor*¹³⁷. Por no faltar, en el poema de Baldrico, no falta ni la *descriptio pulchritudinis*, también aquí en los términos tradicionales, pero con unos acentos muy personales¹³⁸.

Pero, antes de dejar a Baldrico, ¿qué dice Constancia en respuesta al poeta? O, mejor, ¿qué dice el poeta, en el papel de Constancia, en respuesta al propio poeta? Una y otra vez leyó la carta y así se le pasó el día; al llegar la noche, y al no poder seguir leyéndola, ya en el lecho, se la puso sobre el pecho, bajo el seno izquierdo, allí donde dicen que está más cerca el corazón¹³⁹. Y sigue: “si pudiera introducir en el corazón tus versos, en el corazón, y no en mi seno, introduciría cada uno de ellos”¹⁴⁰; “agotada, por fin, entregué mis miembros en brazos

(136) En Catulo encontramos recogida la expresión en 2 ocasiones; en el *Corpus Tibullianum*, en 3; en Perprocio, en 4; en Ovidio, en 13.

(137) *Nec caro titillat pro te neque uiscera nostra: / attamen absque dolo te uehementer amo. / Te uehementer amo, te totam totus amabo, / te solam nostris implico uisceribus. / Ergo patet liquido, quoniam genus istud amoris / non commune aliquid, sed spetiale sapit. / Est spetialis amor, quem nec caro subcomitatur / nec desiderium sauciat illicitum (73-80). Recordemos cómo V. Fortunato califica su propio amor a la joven abadesa Inés: *quam [= Inés] pietate fide pectore corde colo / caelesti affectu, non crimine corporis ullo: / non caro, sed hoc quod spiritus optat amo (Carmina, XI 6, 2-4).**

(138) *Non rutilat Veneris tam clara binomia stella, / quam rutilant ambo lumina clara tibi. / Crinibus inspectis fuluum minus arbitror aurum: / colla nitent plus quam lilia nixue recens. / Dentes plus ebore, Pario plus marmore candent, / spirat et in labiis gratia uiua tuis. / Labra tument modicum calor et color igneus illis, / que tamen ambo decens temperies foueat. / lure rosis malas praeponi dico tenellas, / quas rubor et candor uestit et omne decus. / Corporis ut breuiter complectar composituram, / est corpus, talem quod deceat faciem (55-66).*

(139) *Composui gremio, posuique sub ubere leuo / scedam, quod cordi iunctius esse ferunt (poema 201, 9-10).*

(140) *Si possem cordi mandare uolumina uestra, / cordi mandarem singula, non gremio (11-12).*

del sopor nocturno, pero un amor agitado desconoce la noche¹⁴¹; "en medio del sueño permanecía insomne porque tu carta, en mi seno, había abrasado mis entrañas"¹⁴².

* * *

Los trovadores provenzales tienen allanado el camino; no tienen más que seguir la senda que les han venido abriendo tantos poetas latinos desde las brumas de la época merovingia: la semilla que sembró Fortunato ha germinado y ha dado buenos frutos. Martín de Riquer¹⁴³ recuerda la tradición que hermana "Provenza" y "cultura latina", relación mantenida a través de los siglos y que contribuye a hacer explicable la perfección clásica de la lírica de los trovadores, añadiendo: "conviene no olvidar, como ejemplo muy a menudo aducido, la estancia de Venancio Fortunato (c. 530-600) en Poitiers, y su veneración por Radegunda, *gemma Galliae pretiosissima*, cuya poesía, que ofrece algunos momentos que recuerdan a los trovadores, indudablemente se mantuvo en la memoria de la escuelas locales"¹⁴⁴.

El poeta al que tocó vivir en la frontera, entre el crepúsculo agonizante de un mundo glorioso y sugestivo en su pasado y los albores de un día nuevo pero impredecible ¿tuvo conciencia de su papel, determinante, en la historia de la literatura latina? Atrás, muy atrás, quedan sus queridos clásicos; por delante, una aventura incierta. No lo comparemos con los clásicos; él

(141) *Tandem fessa dedi nocturno membra sopori / sed nescit noctem sollicitatus amor* (13-14).

(142) *In somnis insomnis eram, quia pagina uestra / scilicet in gremio uiscera torruerat* (17-18).

(143) *Los trovadores. Historia literaria y Textos, I-III*, Barcelona, 1992, I, pág. 73.

(144) *Ibidem*.

tiene los defectos y errores¹⁴⁵ propios de los que, como el poeta, pisan la dudosa luz del día; y como el poeta también (esta vez como Guillaume Apollinaire –otro enamorado de los *carmina figurata* con sus *Calligrammes*–) en el poema *La jolie rousse*, que cierra precisamente su citada obra, puede pedir, a sus críticos, beneplácito y comprensión:

*Vosotros, cuya obra está hecha a imagen de la boca de Dios,
boca que es el orden mismo,
sed indulgentes cuando nos comparáis
con aquellos que fueron la perfección del orden;
nosotros, que buscamos por todas partes la aventura,
no somos vuestros enemigos;
nosotros queremos daros vastos y extraños dominios,
en los que el misterio en flor se abre a quien quiera recibirlo;
hay en él fuegos nuevos de colores jamás vistos,
mil fantasmas imponderables a los que hay que otorgarles la realidad.
Nosotros queremos explorar la bondad,
región enorme en la que todo guarda silencio. (...)
Piedad para nosotros, que combatimos, siempre, en las fronteras
de lo ilimitado y del porvenir;
piedad para nuestros errores, piedad para nuestros pecados.
He aquí que llega el verano, la estación violenta,
y mi juventud ha muerto, como la primavera.*

FRANCISCO PEJENAUTE RUBIO
Universidad de Oviedo

(145) J. A. Willis, "Venantius Fortunatus Iuvenalis lector", *Mnemosyne*, XLI, 1-2 (1988), 122-123, en un rasgo humorístico pero macabro, tras el ingratísimo y baldío trabajo de recopilar las presuntas referencias de V. Fortunato a Juvenal, confiesa su decepción por el hecho de que en una época en que tantos hombres inocentes perdieron la vida, un Clodoberto o una Fredegunda dejaran vivir y cantar a un autor como Fortunato.